

ÁLEX DE LA IGLESIA

Recuérdame
que te odie



Álex de la Iglesia



Recuérdame que te odie

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Imagen de página 87: *Melancolía I*, 1514, Alberto Durero © Akg-images - Album

© Álex de la Iglesia, 2014
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2014
Depósito legal: B. 10.384-2014
ISBN: 978-84-08-12630-0
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Rotapapel, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA

No soporto este silencio. Bruno no me coge el teléfono. No me responde a los WhatsApp, a los SMS, ni a los *e-mails*. Ya sé que no debería insistir tanto. Es penoso andar mandando mensajitos cuando alguien no quiere verte ni hablar contigo. Dios, soy el típico pesado que insiste demasiado. La mejor manera de enfocar este asunto es esperar. Esperar y confiar. Es que... me da no sé qué llamarle por teléfono, fíjate. Nuestras conversaciones telefónicas han sido más bien telegráficas. Sin embargo, las recuerdo al detalle. Un día me dijo:

—Estoy en ello.

Me impresionó. Colgué. Ya no molesté más. Y dos meses después, me pregunta:

—¿Te gusta Durero? Es fundamental.

—Ehr..., sí, ¿el renacentista alemán? —contesté rápido para que notase mi dominio—. Bueno, el grabado de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* es...

—En cada dibujo esconde una terrible verdad —murmuró misterioso—. Yo creo que intenta decirnos algo, oculto a través de símbolos. Algo sobre nosotros que no nos atrevemos a reconocer, porque nos da mucho miedo.

—Claro, claro, sí, sí, te sigo. Efectivamente, ya dije en el cuarto libro sobre la proporción humana que la belleza se oculta dentro de la naturaleza y...

Esta vez colgó él. Qué alivio. Su vocecita susurrante me sacaba de quicio. No parecía que surgiera del auricular, sino que se había instalado en mi propia cabeza. Qué pesadilla. ¿Había hablado realmente con alguien, o todo eran imaginaciones mías? A ver, es vergonzoso que esta situación se prolongue por más tiempo. No podemos negar que él ya ha cobrado el adelanto. La editorial le mandó el cheque hace dos años. Y según el contrato, debería haber entregado el libro el mes pasado. Pero eso no significa nada.

Esto es lo que podemos leer de él en la Wikipedia:

Bruno Kossovsky Schmuckler (Montevideo, 1950) es un dibujante de cómics de origen uruguayo establecido en Buenos Aires y nacionalizado español en 1977. La familia abandona Argentina huyendo de la dictadura de Pinochet. Se trata de uno de los autores más revolucionarios e influyentes de la historieta mundial.

Nacido en Montevideo, a los cinco años su familia se mudó a Mataderos, barrio de Buenos Aires. Allí, antes de dedicarse al dibujo, trabaja de carnicero con su padre, donde se encarga, como cuenta él mismo, de «cortar la piel de los cerdos para después freírla y venderla en bolsitas». Sin embargo, pronto comienza a destacar como dibujante. Los cerditos de las bolsas son preciosos, tipo Disney, y su padre, agradecido, le paga las clases en la Escuela de Bellas Artes de Buenos Aires.

En 1960 comienza a trabajar como entintador para la editorial británica Fleetway. Entra en contacto con Alberto Breccia y Héctor Germán Oesterheld. Les lleva cafés y bollos por la mañana, barre las migas de las gomas de borrar que caen al suelo y, como el crío es habilidoso, termina entintando páginas del legendario *Mort Cinder* con tan solo 12 años. Esto abre un sinfín de posibilidades al joven Kossovsky, que, en 1965 (con 15), empieza a publicar sus propias historietas.

Bajo el seudónimo de Misterio trabaja en las revistas *Tía Vicenta* y *Adán*. Entre 1968 y 1971 realiza caricaturas políticas para *La Hipotenusa* y *Panorama*. En 1973 crea su propio personaje, el mago Abraxas, dentro de la famosa contraportada del diario *Clarín*. Las aventuras del hechicero, en un tono cínico y cruel, describen en su tira diaria una serie de injusticias sociales, pero sin perder el sentido del humor (como Quino hiciera con *Mafalda*, más adelante), y las des-

apariciones del régimen terminan siendo sugeridas como las «desapariciones mágicas» que provoca la varita del mago.

En 1975 Bruno Kossovsky es despedido del diario. Un año después, la familia se traslada a Barcelona, siguiendo los consejos de su benefactor y maestro Breccia. Cambia de nacionalidad e incluso llega a realizar el servicio militar. A partir de ahí, inicia una segunda etapa en su carrera bajo la tutela de la Editorial Godot.

Resumo esta parte (aunque duele, porque disfruto haciéndote partícipe, querido lector, de mis desordenados recuerdos): Bruno Kossovsky es un artista. Joder, Bruno es el mejor dibujante de cómics desde Möebius. Y yo estoy pidiéndole que se dé prisa, como si lo que hiciera fuera fácil, como si estuviéramos hablando de un maldito artículo para el periódico, esas mierdas de reseñas que se me da tan bien escribir.

Antes esto no funcionaba así. Antes se respetaba al creador. Estamos hablando de planchas de cómics, coño, como las de antes, las buenas, las antiguas. Planchas de Caballo 109, a tinta china, con pincel y plumilla. Dibuja con lápiz Staedtler 3H y después repasa la línea con un solo trazo, sin errores, sin corregir ni una sola vez. Sospecho que al surgir el más mínimo problema, un diminuto manchón de tinta (algo, por otro lado, inimaginable),

repite la plancha entera. Hay que tocar los originales, sentir el peso de la plumilla sobre el papel para apreciarlo en su justa medida.

¿Han visto su trabajo? Lo primero que llama la atención es lo limpio del trazo. Es perfecto, las líneas que dibuja su pincel parecen realizadas por un brazo mecánico, el brazo articulado de la estación espacial, el que utilizan los astronautas, el Canadarm 2. Su precisión no tiene límites. Y al mismo tiempo resulta terriblemente barroco, no hay espacios vacíos.

A Bruno le repugna el blanco. Todo debe estar tamizado de mil detalles, y no por ello resulta confuso, sobrecargado o empalagoso. Bruno sufre de *horror vacui* como un maestro yesero de la Alhambra, como Jerónimo, *el Bosco*, Alberto Durero o el herejarca maldito Satrústegi, un poeta de Bilbao amigo mío que murió en un incendio, riéndose a carcajadas porque no era capaz de pasar página al escribir en su cuaderno.

Siempre quedaba una línea entre líneas, siempre podía encontrar un resquicio donde introducir sus poemas, en aquel papel interminable. Durante meses, en el hospital, Satrústegi escribió su obra definitiva en una única hoja, teniendo en sus manos todo un cuaderno. ¿Por qué no podía pasar a la siguiente? ¿Por qué no atreverse? ¡Qué tiempos aquellos en Mondragón, qué buenos ratos pasamos con Lourdes, la ninfómana, Juanma, con sus ansiolíticos, y

Txema, el de las grapas en la cabeza! Bueno, esto no viene al caso.

El caso es el siguiente: no consigo preguntarle a Bruno si ha terminado el cómic que le encargamos hace ya dos años. ¡Dos años, joder, Bruno, coño, que ya has cobrado! No me atrevo a ir a su casa, llamar a la puerta y preguntarle: ¿Cómo vas con lo tuyo? Algo tan sencillo como eso. Bruno tiene algo que me intimida. Cuando pienso en él, no sé, es como si recordase algo muy desagradable, y paso rápido a otra cosa. Me impone. ¡Eso, eso, el problema es el respeto! Hay que tratar el asunto con más naturalidad. Si hubiera hecho un seguimiento periódico, yo qué sé, si todas las semanas le hubiera visto tan solo un rato, quizá eso lo habría cambiado todo.

Lo he intentado un par de veces. La primera llegué hasta el portal, pero el portero me dijo que si estaba loco. ¿Loco quién? ¿Yo, por querer encontrar a Bruno, o Bruno mismo? Esa pregunta fuera de contexto me detuvo como un conjuro mágico. Debería haberle preguntado cuándo iba a volver. No parece descabellado. Sin embargo, no lo hice. Se me dan fatal los diálogos costumbristas con desconocidos. El aspecto gótico-rural del portero me estremecía. Al tirar del enorme portón negro que daba a la calle, me giré y vi su cabeza asomando por la ventanita minúscula des-

de la que vigilaba la salida, en lo alto de las escaleras de mármol. Esa abertura en el muro permitía al individuo escudriñar la dinámica de los inquilinos sin que ellos lo advirtieran, y lo que es más importante: evitando abandonar su guarida, el diminuto cubículo donde los porteros habitan, viven y mueren.

¿Qué tiene que hacer un portero? Por favor, explicadme. Y no quiero ser injusto, válgame Dios. Sacar la basura, limpiar el portal y punto. ¿Por qué esa farsa del microdespacho? Dentro de miles de años unos arqueólogos de la National Geographic investigarán las cuevas de la tribu de los porteros y perderán años descifrando la incógnita de sus despachos: la mesa desnuda, sin un solo objeto sobre ella. La silla, el listín telefónico, anacrónico e inútil, como única lectura. En la pared, gotelé y un calendario, metáfora del tiempo, concepto desconocido al que son totalmente inmunes. Claramente ocultan algo. ¿Quién los obliga a fingir que tienen que resolver asuntos en ese despacho? ¿Les prometieron quizá unas funciones ejecutivas que, de alguna manera, fueron perdiéndose con el paso de los años? ¿Serán las porterías grietas dimensionales escondidas en el mismo corazón de la realidad? ¿Agujeros negros en cuyo interior se produce una concentración de masa lo suficientemente elevada como para abducirnos irremisiblemente hacia un campo gravitatorio hostil?

Eso explicaría el comportamiento de los porteros: vigilantes impasibles del devenir humano, carentes de sentimientos. Alienígenas, o quizá hombres del futuro, con una oscura misión: tomar nota de lo que ocurre en cada casa. Nota mental, obviamente. Profesionales de la mirada, críticos del devenir. Los porteros se comunicarán entre sí por signos, extraños gestos con las manos, o imperceptibles movimientos de labios u orejas. Toda la ingente cantidad de información que archivan meticulosamente en sus cerebros será utilizada contra nosotros a años luz de distancia. Este portero habrá guardado mis movimientos y los de cientos de individuos, analizándolos, estudiando cada gesto, mirada, objeto, animal o persona. Las que suben; las que, afortunadamente para ellos, no lo consiguen, ¡todo! Quizá algún día lo necesite, porque últimamente no recuerdo bien quién soy. Me alejé del portal amedrentado.